

RETOS Y PROPUESTAS PARA EL CAMBIO POLÍTICO.

Luis Fernández-Caballero Lamana
Administrador Superior de la CCAA de Aragón

1. INTRODUCCIÓN. EL RECONOCIMIENTO DE LO CONSEGUIDO COMO PUNTO DE PARTIDA.

En primer lugar, quiero agradecer a la Fundación Manuel Giménez Abad y, en particular, a su Secretario y amigo José Tudela, la invitación a participar en estas Jornadas sobre la desafección política tras treinta años de vigencia de la Constitución Española.

Parece que empieza a ser habitual hablar de desafección democrática, de distancia entre instituciones y ciudadanía o de desconfianza generalizada de los ciudadanos sobre las actitudes y formas de comportamiento de los que nos gobiernan y representan, pero antes de empezar a intentar esbozar cuáles son los desafíos a los que la democracia española se enfrenta en los próximos años y cuáles pueden ser las principales propuestas para una renovación de la práctica y de las instituciones democráticas, se me antoja necesario, casi imprescindible, partir de un reconocimiento.

El título de la conferencia alude a la visión que la primera generación de la democracia tenemos acerca de la desafección política y ello me obliga, como perteneciente a esa generación de jóvenes entre los 30 y los 35 años, que ha vivido toda su vida en un régimen democrático, a expresar un sincero sentimiento de gratitud, y de ahí la necesidad del reconocimiento de un sistema político que experimentó notables dificultades para poder establecerse primero y consolidarse después.

España forma parte de la tercera ola de democratización de los años setenta (S. Huntington, 1991) y tuvo especial mérito en su consolidación por cuanto la misma estuvo marcada por la divergencia temporal y por especiales

circunstancias que singularizaron este proceso, pues al mismo tiempo que en España pretendíamos dotarnos de un sistema democrático y de libertades homologable al resto de las democracias europeas y de un desarrollo digno de un Estado del bienestar, en el resto del mundo ya se estaba hablando de las crisis financieras del Estado, de la crisis del Estado del bienestar o los problemas de legitimidad democrática o de gobernabilidad.

A ello hay que unir una historia política durante los siglos XIX y XX marcada por la inestabilidad, los bandazos constitucionales constantes, los golpes de estado, la preponderancia del poder militar sobre el poder civil y las guerras civiles. Si partimos de estas bases la lógica del consenso que presidió la transición política y puso las bases para la C.E de 1978, constituían un magnífico punto de partida.

Transcurridos más de treinta años de régimen democrático hay que recordar que la democracia es frágil y excepcional y que hay que cuidarla y eso exige que reflexionemos de forma permanente sobre la democracia que tenemos y tomemos acción como demócratas activos para mejorarla y desarrollarla.

2. ¿QUÉ DEMOCRACIA?. UNA VISIÓN RETROSPECTIVA DE LA DEMOCRACIA QUE HEMOS CONSTRUIDO EN ESPAÑA A PARTIR DE 1978.

Reflexionar sobre la democracia en la que queremos vivir, obliga, bajo mi punto de vista, a conocer qué democracia tenemos hoy y cuales son los fundamentos sobre los cuales la misma se asienta, para, con un diagnóstico lo más cercano posible a la realidad y difícilmente aprehensible en todo caso, poder ofrecer una serie de propuestas dirigidas a propiciar una democracia de mayor calidad.

Efectivamente podemos afirmar que hemos conseguido alcanzar el cumplimiento con creces de los elementos formales de un sistema democrático (elecciones libres, sufragio universal, libertades políticas, etc...). Sin embargo, el barómetro sobre la calidad de la democracia en España, año 2010, elaborado por el IESA-CSIC, concluye que la visión de la democracia

expresada por la población difiere bastante de las aportaciones teóricas anteriormente apuntadas. Según este informe, las características con que la gente identifica la democracia son, de mayor a menor importancia, las siguientes:

1. Pleno empleo.
2. Pocas diferencias de riqueza.
3. Información sobre los asuntos importantes.
4. Libertades políticas.

En contraste con la definición formalista de democracia, la población tiene una concepción de la democracia que va más allá del mero procedimiento, incorporando valores y resultados como elementos definitorios de la noción de democracia.

Al igual que otros países europeos no concebimos a la democracia sólo como un procedimiento formal, sino que le pedimos que sea el vehículo para la consecución de un determinado nivel de bienestar, el ejercicio de determinados derechos y de materialización de unos valores determinados.

A estas diferencias expuestas, hay que añadir, el amplio descontento respecto a la actuación de los partidos políticos, y de lo que se ha dado en llamar la democracia de partidos, consagrada como base de nuestro sistema político. Una muestra de este descontento general, queda recogido en el Barómetro Global de la corrupción 2007, elaborado por la ONG Transparency International: los partidos políticos son la institución más corrupta, en opinión de la ciudadanía española para más del 60% de los encuestados, y si nos atenemos a los datos del CIS, los resultados y las opiniones de los ciudadanos sitúan a los políticos como el tercer problema para los ciudadanos.

No obstante, los estudios demuestran que no existe una deslegitimación del sistema democrático sino más bien de su funcionamiento, de sus capacidades para ejercer y desplegar todas las potencialidades que el régimen democrático alberga en su seno.

Sin embargo, para los españoles, de forma muy similar al del resto de países europeos, la política tiene una posición secundaria en sus vidas, siendo mucho más acusado el desinterés hacia la discusión política y hacia la participación. Esta desafección está vinculada con sentimientos de impotencia y confusión respecto a la política y su funcionamiento lo que conlleva una opinión generalizada de que la política es demasiado difícil, compleja y aburrida y al mismo tiempo que los políticos son profesionales, en ocasiones no lo suficientemente capaces y que solo atienden a su propia supervivencia política.

Al mismo tiempo es generalizada la opinión de que el sistema democrático y el Estado de Partidos construido en torno al Estado nación ha quedado desbordado en sus límites por la globalización del mercado, que provoca una sensación de que la política está supeditada a la prepotencia del sistema financiero y que por tanto los gobiernos elegidos democráticamente tienen cada vez menos capacidad de maniobra, pues las decisiones importantes no se toman si quiera en los parlamentos o en las instituciones sino en organizaciones carentes de cualquier legitimidad democrática. Parece que estamos una nueva economía y una vieja forma de hacer y concebir la política.

Esta forma de entender la economía surge en la década de los años 70 y goza en nuestros días de plena vigencia. Desde este punto de vista la política aceptó que la prioridad del mercado llevase a propugnar que el mismo prescindiera de toda regulación proveniente del Estado y a predicar la fe en una aún más inteligente “mano invisible”, por lo que la devaluación de lo político quedó a la orden del día extendiéndose progresivamente hasta la actualidad.(JOSÉ ANTONIO PÉREZ TAPIAS. *LA DESAFECCIÓN POLÍTICA: CRISIS DE LA PARTICIPACIÓN DEMOCRÁTICA*).

Estamos ante una dimensión de la desafección que cada vez cobra más fuerza al instalarse en el imaginario colectivo de la ciudadanía el pensamiento de la indiferencia a la hora de poder elegir quién va a gobernar.

En todo caso el problema de la desafección tiene en España sus propias razones históricas, hay que recordar que España cuenta con una desventaja notable de partida por su largo pasado antidemocrático o pseudo-democrático, en el que habría que incluir no sólo los largos años de la dictadura franquista sino las décadas previas a la Guerra Civil y todo el turbulento siglo XIX. El inconsciente o consciente colectivo español, en efecto, arrastra una pesada losa de desconfianza sobre el sistema político.

Quizás por este motivo durante el proceso constituyente era deseable romper la asociación que el franquismo hizo entre democracia e inestabilidad política, que motivó una concepción del ejercicio democrático que podemos calificar de excesivamente institucionalista y procedimental precisamente para conseguir la identificación de la democracia con estabilidad política. Se partió de una visión de arriba abajo que centró excesivamente las formas de participación en los partidos y las elecciones y no incorporó suficientemente otros elementos de expresión participativa, de democracia deliberativa y de ejercicio directo de la soberanía ciudadana (Imanol Zubero, Jornadas sobre la calidad de la democracia).

A ello hay que añadir que, como señala MONTERO Y TORCAL en su trabajo “ACTITUDES HACIA LA DEMOCRACIA EN ESPAÑA: LEGITIMIDAD, DESCONTENTO Y DESAFECCIÓN”, durante los últimos treinta años los españoles han hecho frente a una amplia gama de situaciones políticas muy diferentes, a saber, los episodios finales de un duradero régimen autoritario, los riesgos de una transición política, los problemas de consolidación de una democracia joven, la construcción del Estado de las Autonomías, un sistema de partidos con fases agudas de inestabilidad, los riesgos de la alternancia en el poder, crisis económicas recurrentes en el marco de cifras de desempleo muy altas y una sucesión de crisis políticas y de crispación provocadas por escándalos de corrupción de partidos políticos.

Señala Montero y Torcal que *“si tenemos en cuenta la intensidad de estas experiencias y el tiempo relativamente corto en el que han sucedido, es lógico pensar que las mismas han tenido un impacto notable en la percepción que de la democracia y del ejercicio de la política han hecho en la conciencia colectiva*

de los ciudadanos, en el modo en que evalúan su rendimiento y en el desarrollo de vínculos afectivos con el sistema democrático”.

Con todo ello, la construcción de este sistema ha tenido efectos indudablemente positivos porque ha posibilitado la mayor etapa de estabilidad política democrática en la historia de nuestro país y ello es obligado reconocerlo, pero también es cierto que se ha configurado un sistema político en el que la imagen de los partidos es muy jerarquizada y vertical, excesivamente reforzada en la cúspide del partido que desconecta a las élites de las bases otorgando a los dirigentes una amplio margen de autonomía.

Como dice José María Maravall en “El control de los políticos”, *“los partidos son maquinarias de poder oligárquico, con una fuerte burocracia interna que limita las posibilidades de participación interna o de cualquier atisbo de crítica. A ello se le une un sistema de listas cerradas y bloqueadas que transfiere la decisión de los ciudadanos a los burócratas de partido.”*

La política, continúa Maravall, *“ya no se concibe por sus élites como una vocación sino que se ejerce como una profesión, lo cual convierte el ejercicio de la política en un ejercicio de supervivencia, pero no sólo de ellos mismos, sino del sistema de partidos en sí mismo, debido a una serie de prácticas colusivas, lo que los convierte en asociaciones de profesionales, no de asociaciones “para” los ciudadanos o “de” los ciudadanos; éstos al final sólo pueden elegir entre un menú fijo que no pueden alterar.”*

Además la desafección hacia los partidos desgraciadamente tiene efectos colaterales. Dado el papel protagonista que ocupan en la escena política, su escasa democracia interna y sus prácticas clientelares produce un efecto contagio sobre el resto de las instituciones políticas y como efecto de esa relación de desconfianza en ellos que se ha instalado en la ciudadanía, se aprecia con mayor nitidez una desafección institucional, un desapego y desconfianza a las instituciones políticas y administrativas, baste recordar la deteriorada imagen del Tribunal Constitucional, de la crisis del parlamento como institución representativa de la soberanía popular o la crítica permanente

al funcionamiento de las Administraciones Públicas y las acusaciones sobre su progresiva politización y clientelismo.

El desprestigio de lo público que viene alimentándose de forma interesada en los últimos años, es un ingrediente de peso en el cultivo de la desafección política.

Pero no quiero poner todo el peso de la culpa en el sistema de partidos, nosotros los ciudadanos, que formamos el cuerpo social, también nos corresponde nuestra parte alícuota de responsabilidad, nuestras actitudes y comportamientos, nuestra escasa cultura política y nuestra negativa atávica a concebir la gestión del espacio público como una responsabilidad compartida como ciudadanos son también determinantes. En un momento de individualismo feroz, exigimos que la política nos lo resuelva todo, satisfaga todas nuestras expectativas y si no lo hace nos dedicamos desprestigiarla, a acusarla y desear su desaparición. Como dice Brugué hoy, con carácter general, nos negamos a aceptar que el Estado intervenga demasiado en la economía, o que haya más presión fiscal directa, y al mismo tiempo, exigimos que el Estado construya infraestructuras, impulse proyectos, cree empleo, otorgue subvenciones, y cuando todo el sistema está a punto de caerse lo sostenga y despliegue planes de rescate. No parece, por tanto, a mi juicio, que tengamos muy claro, como ciudadanos, nuestra relación y actitudes con la política, creo que también estamos un tanto desconcertados

De igual modo, el problema de la desafección democrática no puede entenderse sin el papel que desempeñan los medios de comunicación y su influencia en la configuración de la opinión pública.

Como dice Muñoz-Alonso en *“La democracia mediática”*, la prensa es una de las instituciones de la publicidad política a través de la que, desde que se inicia el régimen de opinión, se ha instrumentado el derecho a saber de los ciudadanos y la correlativa obligación de informar de los gobernantes. Frente a los regímenes totalitarios y autoritarios la prensa es un elemento indispensable para que la transparencia se haga realidad.

Sin embargo, el papel de los medios de comunicación ha cambiado mucho en los últimos treinta años, hasta el punto, como señala James W. Carey, que se ha producido una *democracia sin ciudadanos*, en el que los medios han ido conservando un papel valioso mientras ha ido descendiendo el de estos últimos. En consecuencia, se ha producido también una creciente desconfianza entre los medios y el público.

No es de extrañar que los medios también hayan sido acusados de conseguir modificar la naturaleza y el mismo modo de funcionar de la democracia. La política depende enormemente de los medios, en particular de la televisión, hasta el punto de que han llegado a configurar la llamada *democracia mediática o de espectáculo*, en la que los medios vienen incluso a usurpar el papel de las instituciones políticas incentivando progresivamente la política del escándalo, la banalización de la política o el fomento por parte de algunos medios del hooliganismo político, apelando más al estómago que a la cabeza como herramientas principales para el debate político.

El papel de perro guardián que el primer liberalismo otorgó a la prensa como garante de la libertad ha quedado hoy difuminado, llegando a convertirse en un ejercicio demagógico de desprestigio de la política y la cosa pública, que genera sensación de hartazgo en la población con el consiguiente alejamiento de la política, llevando a los ciudadanos a refugiarse en la intimidad de su vida privada y la estricta protección de sus intereses personales.

Aquí hay una responsabilidad compartida entre políticos (ya que es un mecanismo muy bueno para destrozarse la imagen y credibilidad de los rivales, o para desviar la atención de problemas peliagudos), y los mass-media que se han dedicado sistemáticamente a poner en valor los aspectos más escandalosos y mediáticos en lugar de aquellos más relevantes para el interés general, llegando a generar una verdadera cultura del escándalo.

Actualmente es difícil encontrar algún medio de comunicación que no sea el altavoz de alguna opción política, que no sea correa de transmisión de la línea política de algún partido o que peor aún intente marcar la agenda política o la selección de cuadros o líderes de algunas formaciones políticas.

Pero al mismo tiempo que entre ellos se da una relación simbiótica, es también al mismo tiempo esquizofrénica, por cuanto al mismo tiempo que necesitan a los medios, estos muestran sin ambages su debilidad y fragilidad, hasta el punto de que se abre paso un nuevo hombre público: inquieto por el juez, angustiado por los medios, obsesionado por los sondeos. (L'ivresse democratique, Alain Minc, 1995).

El cara a cara por tanto entre políticos y medios es desigual, hasta el punto de que algunos directores de periódicos o grandes periodistas llegan a tener más poder que algunos políticos, en particular los pertenecientes a medios de índole económica. Baste recordar como el Secretario de Estado de Economía tuvo que hacer una ronda de entrevistas con los principales periódicos económicos para convencer de la bondad de las reformas económicas del Gobierno y aplacar así a los mercados.

Por ello, como vemos, el problema de la desafección es complejo y estructural, que viene arrastrando síntomas antes de intensificarse como consecuencia de la crisis y que no tiene una única y principal causa, por ello los retos y propuestas para favorecer un cambio político recaer en un conjunto de iniciativas y acciones que sean capaces de revertir la situación y de configurar una nueva cultura de la participación política, pues como dice Kymlicka apostar por una ciudadanía esencialmente desactivada está abocado a consecuencias indeseables.

3. RETOS Y PROPUESTAS PARA EL CAMBIO POLÍTICO. EL RIESGO DE DE LA AUTOCOMPLACENCIA.

Los principales estudios de la desafección en España afirman que nuestro nivel de desafección democrática es equiparable al de las democracias de nuestro entorno, sin embargo, ello no debe convertir este fenómeno en algo tolerable o como algo inevitable.

Si permitimos que el problema de la desafección nos deje indiferentes como ciudadanos podemos ocasionar para las generaciones futuras daños

irreparables a la legitimidad del sistema democrático. Hay que recordar que la desafección se refiere no tanto a la legitimidad de la democracia como al funcionamiento del sistema democrático, sin embargo sí nos instalamos en la autocomplacencia corremos el riesgo de que las actitudes deslegitimadoras de la democracia cristalicen con el transcurso de los años provocando consecuencias tales como el debilitamiento normas básicas de convivencia que exigen respeto por los derechos los demás, la aceptación de las diferencias y del pluralismo social, debilitamiento de las instituciones, una desautorización de las mismas, que se potencien las reivindicaciones de intereses individuales, corporativos o sectoriales, sin consideración por un interés general compartido. En conjunto se debilita el espacio de la decisión pública y se debilita la cohesión social (INFORME SOBRE DESAFECCIÓN REALIZADO POR LA GENERALITAT DE CATALUNYA, 2010, BARCELONA).

Tenemos el **reto** de evitar que la sociedad se descomponga en compartimentos estancos, en una **sociedad desvertebrada** en el que cada componente del sistema político sirva únicamente a la protección, salvaguardia y supervivencia de sus intereses como grupo, que funcione de forma aislada de los demás, sin tener en cuenta que entre todos tenemos la responsabilidad de cultivar la convivencia democrática en el espacio público.

Tenemos el reto de evitar que amplias capas de la población, especialmente las mas desfavorecidas, con menores recursos económicos, sociales y culturales, (entre los que se encuentran los jóvenes), que conciben la política como un mundo ajeno, que no comprenden y que sienten incapaz de responder a sus necesidades, se alejen definitivamente de una política que les sitúa como meros espectadores.

Ahora bien, las medidas que vayan dirigidas a corregir o paliar el estado actual de desafección democrática deben ser asumidas por todos los actores implicados, no deben concebirse como soluciones mágicas que van a cambiar la situación de un día para otro, sino que hablamos de propuestas y medidas que se sitúan en el medio- largo plazo, y que deben mantenerse durante un prolongado espacio de tiempo.

Al mismo tiempo el problema de la desafección no puede olvidar que hoy los marcos sobre los cuales se ha venido practicando la política nacional han quedado superados, como señalaba anteriormente se han producido importantes transformaciones que han limitado mucho las capacidades efectivas de los sistemas políticos, estatales y subestatales como hasta ahora los habíamos conocido. Por lo tanto, si no respondemos a este reto de cambio hacia la gobernanza y no trasladamos a un ámbito global algunas de las conquistas de la democracia, el funcionamiento del sistema político no acabará de restablecerse una relación de credibilidad y de confianza suficientes y razonables con la su ciudadanía.

Eso no significa que debemos buscar una ruptura con aquello que como país nos ha costado tanto conseguir, no se trata romper sino de reinventar y adaptar lo que tenemos y de quitar a la política el óxido que hoy la mancha, pero en todo caso desde una actitud constructiva, pues, la crítica cáustica, pesimista y demagógica no pueden ofrecer nada bueno y en el peor de los casos, tiene como intención inconfesable la desaparición de la política y eso no nos lo podemos permitir.

Creo, en primer lugar, en la necesidad de recuperar y de prestigiar la política y a los políticos. Dice el profesor Brugé en su ensayo “Es la política, estupidos”, que *“sin política no podemos construir nuestras sociedades y sin prestigiarla será incapaz de hacer un buen trabajo”*. Pero no me refiero a la política como aquello que hacen actualmente algunos políticos o aquella que proyectan los medios de comunicación, *“tenemos que preocuparnos por el fondo de la política. Si no lo hacemos así, la política del espectáculo y de la superficialidad triunfará -cómo parece que ya está sucediendo- sobre la política de los valores y los principios.”*

La política, es aquello que -usando una definición de Daniel Innerarity- nos permite vivir juntos siendo diferentes, es la capacidad de imaginar proyectos de futuro para la colectividad, colectividad expresión de sociedades plurales, que inevitablemente llevan en su adn el conflicto y la diversidad que deben ser canalizadas y aprovechadas por la política como fenómeno enriquecedor de las sociedades, ofreciendo la capacidad de imaginar proyectos de convivencia,

reconociendo los intereses y preferencias de los diferentes grupos sociales, en el que el diálogo ocupe la centralidad de la política como herramienta para la consecución de acuerdos.

Es volver a entender la política como equilibrio o Eunomia según Solon, no se trata de concebir la política como permanente confrontación o destrucción del adversario. La política debe recuperar la capacidad de buscar acuerdos, de buscar los puntos de intersección en el que podamos vivir juntos entre aquellos que piensan de forma diferente.

Ello implica necesariamente la recuperación de los políticos, de la necesidad de prestigiarlos, tenemos que ser decididamente defensores de los políticos, sin ellos no tendremos política ni políticas públicas, pero al mismo tiempo tenemos que exigir buenos políticos, si no cada vez quedaran menos.

Si se instala la idea de que a la política se dedican personas incompetentes, cínicas y corruptas, si continuamos desprestigiándolos a todos sin distinción y de forma abusiva al final sólo se dedicaran a ella personas de ese perfil y alejaremos de la misma a aquellos ciudadanos, competentes y bien preparados, que tengan vocación de hacer política en el mejor sentido de la palabra. Pero ello nos exige a los ciudadanos a ser intransigentes con determinados comportamientos y a exigir la expulsión de la política de aquellos que se comportan de forma indecente o indigna violentando el interés general. Lo peor de todos es que parece que estamos vacunados frente a este tipo de actitudes, que hemos perdido la capacidad de indignarnos y que es algo consustancial al ejercicio de la política, cuando en puridad debería ser todo lo contrario.

Pero en esto los políticos tienen una responsabilidad importante, deben ser conscientes del descrédito creciente de su actividad y de su condición, deben ser concededores de que tienen un problema serio entre manos, que además no sólo les afecta a ellos sino que afecta a la misma salud de la democracia. Como dice JOSÉ TUDELA, en su trabajo "PARLAMENTO, CIUDADANÍA Y DEMOCRACIA REPRESENTATIVA", *"el político tiene que adoptar actitudes que propicien el respeto de los ciudadanos por su trabajo y emprender políticas que eduquen en*

el respeto y la necesidad de lo público”, y sinceramente los problemas y actitudes hacia la corrupción, la opacidad sobre la financiación de los partidos o la inexistencia de un verdadero régimen de incompatibilidades y de salarios públicos, no hacen más que agravar la percepción que los ciudadanos tienen de ellos y consolidar su alejamiento.

Por ello es imprescindible que los partidos abran las ventanas y sean permeables a las exigencias ciudadanas de unos políticos comprometidos con lo público, con competencia y preparación. Sin embargo, las claves internas en la selección de los líderes y candidatos a ocupar puestos en instituciones públicas no van, en general, en la dirección de seleccionar a aquellos con más preparación, competencia o experiencia, sino a aquellos con mayores apoyos políticos dentro del partido o aquellos cuyo mérito principal es la lealtad inquebrantable a la dirección del partido o a determinados grupos de poder e influencia dentro del mismo. Entiendo que hay claves de confianza que son importantes y necesarias para la construcción de proyectos políticos, pero éstos no deben ser el único elemento.

Por ello a los partidos y a los políticos, dice José Tudela, les corresponde un liderazgo que trascienda el mero ejercicio del poder para ser determinantes de la actitud con la que se contemple la vida pública por la mayoría de los ciudadanos. Tienen el reto de gestionar este problema con transparencia, rendición de cuentas y determinación, rompiendo con los intereses de los núcleos duros de los partidos políticos, y ello no es tarea fácil.

Algunas propuestas irían en la línea de profundizar en la elaboración de códigos éticos que comprometan a los responsables políticos más allá de las estrictas obligaciones legales, establecer limitaciones más rigurosas que las actuales en los gastos de las campañas electorales, o impulsar un auténtico régimen de incompatibilidades en el desempeño de cargos públicos y en la percepción de retribuciones escandalosas.

No obstante, estas son una parte de las propuestas que pueden impulsar un cambio político, pero no son las únicas, como decía antes la desafección es un problema estructural que requiere implantar cambios y adaptaciones

significativas en el funcionamiento de la política tradicional, de la democracia representativa y de sus instituciones, ante un nuevo escenario más complejo, diverso e interdependiente. No se trata tampoco de plantear su sustitución, sino antes bien de afirmar su vigencia y su necesidad pero adaptándolos a los nuevos tiempos, ofreciendo incentivos y motivaciones al ciudadano para incorporarlo como ciudadano activado y comprometido.

Y hay que decir que existe un minoría social de demócratas activos que refuerzan al tejido social que ya lo está haciendo y lo hace al margen de las formas tradicionales de participación, por eso es más urgente que los partidos sepan escuchar y saber por donde se dirige la ciudadanía. La gente se está adaptando a los cambios más rápidamente que los partidos y las instituciones, porque lo cierto como señala J. Subirats, es que “la gente busca nuevos “nosotros” en los que reconocerse. Y algo de eso lo está encontrando en organizaciones menos rígidas, más abiertas. Organizaciones que aceptan pertenencias múltiples sin problemas.”

Ante la sangría de confianza que sufren los partidos, surgen iniciativas ciudadanas, grupos sociales como por ejemplo Avaaz, una organización en la red a nivel mundial que tiene entre sus éxitos más destacados conseguir, mediante la movilización ciudadana impulsar una Ley en Brasil que prohíbe a los candidatos corruptos presentarse a las elecciones. Como dice Pierre Rosanvallon, baja puntos la participación política centrada en el solo camino electoral, mientras aumenta el grosor de la participación centrada en la expresión (hacerse oír), la implicación (vincularse a otros para conseguir objetivos comunes), o la intervención (hacer, más que escuchar y asistir). Y todo ello en un contexto en el que el cada vez tenemos menos marcos comunes de referencia, menos sentidos de pertenencia única.

Sin embargo, vemos como ante las dificultades para participar en la política formal y en sus instituciones, la acción política de la ciudadanía se ejerce desde fuera hacia labores de control y de vigilancia como señala J. Subirats, al sentir ajenas las formas tradicionales de participación política y al llegar al convencimiento de que cada vez es menos factible que la ciudadanía pueda ejercer el poder o influir de manera muy directa en su ejercicio.

Por eso, los ciudadanos deben sentir que son capaces de ejercer cierto control, que la democracia no es ir a votar cada cuatro años, que no sólo salen de la apatía y el desencanto en situaciones de excepcionalidad, sino que es en la normalidad donde debe visualizar su capacidad de ejercer su participación e influencia en la política.

Parece necesario propiciar una renovación de la desconfianza liberal frente al poder en forma de desconfianza democrática, no se trata de considerar al poder como algo intrínsecamente perverso, sino que como dice J. Subirats la atención se dirige a *“cómo controlarlo, vigilarlo y evitar sus excesos y chapuzas, en el sentido de habilitar la acción y la capacidad transformadora de quienes, desde la ciudadanía, no quieren delegar toda responsabilidad sobre lo común a las instituciones”*.

Sobre esta forma de concebir la participación política la transparencia se erige en un valor fundamental, que permite, al menos, que todos podamos saber qué sucede y, por tanto, actuar en un sentido o en otro. Espero que el Anteproyecto de Ley de Transparencia y acceso de los ciudadanos a la información pública finalmente vea la luz. Aún así son muchas las resistencias a vencer y muy fuerte la cultura de opacidad que todavía persiste en el funcionamiento de las Administraciones Públicas. Estamos ante una oportunidad, sin duda, para favorecer las relaciones entre los ciudadanos y las administraciones públicas, en la posibilidad de abrir cauces de participación en la configuración de las políticas públicas y en mejorar, en definitiva, la eficacia y eficiencia de las Administraciones, al verse sometidas a la evaluación y rendición de resultados ante los ciudadanos.

Como decía antes la desafección hacia lo público es una manifestación más de la desafección democrática, por ello es necesario reclamar reformas que incidan en la transparencia, inteligibilidad y la participación de los ciudadanos en las Administraciones Públicas. En este punto una verdadera reforma de las Administraciones Públicas debe tener en consideración que los problemas de desafección política se trasladan parcialmente a las Administraciones que gobiernan representantes políticos y que este es por tanto un ámbito sobre el que habría que trabajar.

En cualquier caso es perentorio fomentar nuevos cauces de participación y ello es algo complejo porque hay que unir las dificultades materiales de participación de la mayoría de la población, la cual está mal informada o directamente está desinformada por los medios de comunicación que le refuerzan la imagen de la política alejado y distante hacia sus necesidades.

Dice B.R. Barber, en *Un lugar para todos* que “*la democracia depende del ocio, del tiempo necesario para ser educados en una sociedad civil, del tiempo para participar en los debates, del tiempo para asistir como jurados, para ocupar magistraturas municipales, para servir como voluntarios en actividades cívicas*”. Sin embargo, el sistema y la sociedad tan estructurada parece dirigida a desalentarla, así lo recuerda brillantemente J.R. Saul, *Diccionario del que duda*, Granica, Barcelona 2000 “*Cuarenta horas de trabajo. Recreos laborales calculados al minuto. Fines de semana destinados a la recuperación. Permisos específicos para enfermedad y maternidad. Vacaciones fijas. Días oficiales de celebración o luto. Cuando sumamos todo e incluimos el tiempo para comer, dormir y ver a la familia, hemos ocupado las veinticuatro horas. El único periodo destinado a la participación individual es un tiempo fijo para votar, que quizá promedia una hora por año. ¿Por qué la función que hace viable la democracia es tratada como si fuera prescindible? Mejor dicho, ¿por qué se la excluye, reduciéndola a una actividad menor que requiere sacrificar tiempo formalmente asignado a otras cosas?*”

Y en este punto las nuevas tecnologías ofrecen posibilidades enormes hacia una mayor participación; la repercusión de Internet y más concretamente la irrupción de las redes sociales en la configuración de la opinión pública, abre nuevas formas de interacción a las que las formaciones políticas y las instituciones democráticas deben prestar cada vez más atención ya que propician una multiplicación de canales de participación, de hacer política informal fortaleciendo los movimientos sociales, favoreciendo una participación sectorializada; una posibilidad apuntada por algunos autores que intensifica la participación sobre asuntos concretos de interés político, social o económico, que pueden acabar interesando a amplios espectros de la población.

No se trata, como señalaba antes de poner a la política en el centro de nuestras vidas, pero sí de buscar cauces intermedios que pasa por crear una cultura de la participación que conciba a la política como algo sobre lo que tiene la capacidad de influir en alguna medida, de sentir que tiene voz y no sólo un voto cada cuatro años, por mucho que este voto valga lo mismo que aquel que tiene poder e influencia.

Ello exige inaugurar una nueva relación entre Estado y sociedad mediante una nueva concepción de la ciudadanía. Si decíamos antes que la política era la capacidad de imaginar el futuro, de concebir proyectos de convivencia colectivos, ello exige a su vez ciudadanos que estén comprometidos con el espacio público, que sientan la ciudadanía no sólo como un estatus de derechos que concede a los individuos sino como vínculo con la propia comunidad que impone compromisos y deberes. En definitiva de una ciudadanía más republicana.

Aquí el parlamento puede y debe aprovechar la posibilidad de materializar nuevos canales de participación, de situar a la sede parlamentaria al servicio de las nuevas formas de participación mediante el desarrollo del derecho a la información y participación parlamentaria aprovechando las potencialidades que ofrecen las nuevas tecnologías, vinculado con una concepción deliberativa de la democracia.

Muchas veces al hablar de desafección no tenemos en cuenta a la principal institución representativa y por ello es necesario que los ciudadanos sientan que son efectivamente representados por el Parlamento.

Es necesario redoblar esfuerzos y afrontar una reforma institucional impulsando una ampliación de los derechos de participación política. Actualmente el derecho a la participación política está vinculado casi exclusivamente con la participación en procesos electorales, los instrumentos de democracia participativa son prácticamente residuales.

Por eso, si queremos, como señala J. Tudela en su trabajo sobre *“Parlamento, ciudadanía y democracia representativa”*, una integración de los ciudadanos en la política formal y con ello contribuir a la legitimación de las instituciones políticas, sólo podemos acudir a una profundización en los derechos de participación política, relacionándolos con el derecho al acceso a la información.

Según J. Tudela dos ejes habrán de configurar este derecho, por un lado, la participación constante en la acción política a través de las cámaras representativas y, por otro, el derecho tanto a recibir información determinada como a poder comunicar eficazmente con los representantes políticos, tomando como soporte las posibilidades que ofrecen las nuevas tecnologías.

En definitiva se trataría de acercar el parlamento a los ciudadanos, de conformar la opinión pública con una información fiable, rápida y accesible, de profundizar y recuperar una democracia para y de los ciudadanos.

Ello obviamente desde la prudencia, sin levantar expectativas que no se puedan cumplir, examinando las condiciones de acceso a internet y sobre todo que este eventual derecho no debe sustituir la posición de los representantes elegidos en un sistema de democracia representativa.

4. CONCLUSIÓN. HACIA UNA DEMOCRACIA SOSTENIBLE.

Como conclusión, este trabajo pretende ofrecer una opinión acerca del problema de la desafección democrática y las posibles vías de solución. Como señalaba anteriormente es un problema de raíces profundas que afecta y responsabiliza a la sociedad en su conjunto pero en el que creo que los profesionales de la política y los profesionales de la comunicación política tienen una responsabilidad especial, por su liderazgo social y por su capacidad en la conformación de la opinión pública.

Ambos con sus actuaciones y sus manifestaciones permiten a la ciudadanía construirse una determinada imagen de la política democrática.

Son a menudo la forma y el estilo de estas expresiones públicas — tanto los políticos como los comunicadores — los que en gran parte refuerzan una visión negativa de la política como ámbito de conflicto permanente, de crisis crónica, de descalificación sin matices, de simplificación falaz de cuestiones complejas, etc. En cambio, queda muy en segundo término o no se ve la cara de la política como terreno de diálogo entre posiciones diversas, de negociación entre opciones alternativas, de transacción y elaboración de acuerdos que regulan ya veces solucionan problemas complicados, etc.

Si las personas que más intervienen en la política democrática no ponen más en valor su cara positiva costará mucho que cualquiera de las medidas a adoptar obtenga a medio plazo un grado de efectividad razonable.

Y creo que los principales destinatarios deben ser los jóvenes, el reto de la desafección democrática es el reto de conseguir que las próximas generaciones sigan percibiendo a la democracia como el sistema político necesario para garantizar su libertad y prosperidad y de concebir a la política como la mejor herramienta para construir el espacio colectivo, sintiéndose motivados a pertenecer a él y a comprometerse con él en su desarrollo como ciudadanos, buscando acuerdos mediante el diálogo, creando espacios de deliberación y debate que les permita tener confianza en el futuro. La educación y formación cívica se erige aquí en una herramienta imprescindible.

Al igual que la naturaleza o el medio ambiente, debemos preservar la democracia haciéndola sostenible para las futuras generaciones, debemos cuidarla y preservarla porque es algo frágil y excepcional y por encima de cualquier otro sistema es el que garantiza la posibilidad como sociedad de sentirnos auténticos ciudadanos.

BIBLIOGRAFÍA.

- *Barómetro Global de la corrupción 2010. Transparency International*
- *Barómetro sobre la calidad de la democracia en España, año 2010, IESA-CSIC*
- Barber B.R., “Un lugar para todos”, Ed. Paidós, 2009
- Brugué Q., “Es la política, estúpidos”
- Carey James W., “Journalism and criticism: The case of an underdeveloped profession”, *Review of Politics*, vol. 36, n.º 32, abril 1974.
- Huntington, S. H., *The Third Wave. Democratización in the late twentieth Century* 1991. University Oklahoma Press.
- Informe sobre desafección realizado por la Generalitat de Catalunya, 2010
- Maravall, J.M., “El control de los políticos”, Ed. Taurus, 2003
- Montero, J.R, Torcal, M y. Gunther, R, en su trabajo “Actitudes hacia la democracia en España: legitimidad, descontento y desafección”
- Minc Alain, *L’ivresse démocratique*, , 1995
- Muñoz-Alonso, *La democracia mediática*.Ed. Ariel, Barcelona, 1999
- Pérez Tapias, J.A.. “La desafección política: crisis de la participación democrática”
- Saul J.R., *Diccionario del que duda*, Granica, Barcelona 2000
- Subirats J., *El País*, Desconfianza democrática y transparencia, 22 de diciembre de 2009
- Tudela Aranda, José, “Parlamento, ciudadanía y democracia representativa”, en *Participación ciudadana para una Administración deliberativa. Dirección General de Participación ciudadana, Gobierno de Aragón, 2009*”